



Introducción a la semana

La liturgia en la semana sigue recordando el acontecimiento de la Navidad. El viernes se celebra la fiesta de la Epifanía del Señor. La de la primera epifanía, o manifestación, la realizada a los magos, personas ajenas al pueblo de Israel. El resto de los días se toman las lecturas del día. Las lecturas “continuas” se toman: la primera de la carta primera de San Juan. En ella se aportan consejos para el recto vivir en cristiano. El evangelio, de San Juan, muestra las primeras invitaciones de Jesús a seguirle, así como el inicio de su predicación pública y de su actuación milagrosa, llevado por la compasión que le produce ver seguidores hambrientos.

Lun
2
Ene
2017

Evangelio del día

Segunda semana de Navidad
Hoy celebramos: San Basilio y San Gregorio (2 de Enero)

“Allanad el camino del Señor”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,22-28

¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ése es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo posee también al Padre. En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre; y ésta es la promesa que él mismo nos hizo: la vida eterna. Os he escrito esto respecto a los que tratan de engañaros. Y en cuanto a vosotros, la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas –y es verdadera y no mentirosa– según os enseñó, permanecéis en él. Y ahora, hijos, permaneced en él para que, cuando se manifieste, tengamos plena confianza y no quedemos avergonzados lejos de él en su venida.

Salmo

Sal 97 R/. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

El Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1,19-28

Éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan a que le preguntaran: «¿Tú quién eres?»

Él confesó sin reservas: «Yo no soy el Mesías.»

Le preguntaron: «¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?»

Él dijo: «No lo soy.»

«¿Eres tú el Profeta?»

Respondió: «No.»

Y le dijeron: «¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?»

Él contestó: «Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías.»

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?»

Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy

digno de desatar la correa de la sandalia.»

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

Reflexión del Evangelio de hoy

Juan, profeta y más que profeta

La vida que conocemos de Juan no es homogénea, sino muy dispar. Aparece en el hogar de sus padres, saltando de gozo en el vientre materno ante la presencia de María, y gozando del Espíritu que inunda a María, a Isabel y a Zacarías. Y, pronto, ese mismo Espíritu lo condujo al desierto, junto al Jordán; al nacer, llegó con una encomienda, la de preparar y señalar, luego, el camino de Jesús, y era primordial cumplir su obligación.

Hoy el Evangelio nos lo coloca atendiendo a sacerdotes y levitas que se hacían cruces con lo que sucedía junto al Jordán con él y su bautismo y le interrogan sobre ello: “¿Tú quién eres?” “No soy -responde- el Mesías, ni Elías, ni el Profeta”. Tampoco soy la Palabra. Sólo soy la voz que grita en el desierto para que nadie se duerma y todos se preparen, porque el Mesías ya está entre nosotros. Y él, incluso con aquellas costumbres un tanto bruscas, como de una persona un tanto “asilvestrada”, era el encargado de señalarle entre los hombres para que nadie se equivocara. Pero, no era más -ni menos- que eso, la voz, el que señala el camino y a la persona que se espera. “No os preocupéis -les vino a decir-; yo sólo bautizo con agua; pero en medio de vosotros ya está uno que no conocéis, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia”. Esta fue la tónica de su vida, hasta que en Maqueronte la entregó, cumplida la misión, al Señor cuya venida había señalado.

Presencia y ausencia de Dios

“En medio de vosotros hay uno que no conocéis”, pero está -les dice Juan-. Jesús llevaba con ellos suficientes años como para que no hubiera pasado desapercibido. Era previsible que Jesús hubiera estado trabajando en sus casas, orando con ellos, charlando y participando de su vida como una persona más, aunque no fuera sólo una persona más. Pero no lo conocían. Sólo era el hijo de María o el hijo del carpintero. Nada más.

No puedo menos de comparar esta idea con aquella afirmación de Jesús, al confirmar la misión de los discípulos: “Y sabed que yo estaré con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28,20). ¿Nos podría pasar lo mismo que a aquéllos que escuchaban a Juan?

A María no le pasó; a Juan, tampoco. San Cirilo y San Gregorio también lo reconocieron. Nosotros, en lugar de lamentarnos de la lejanía de Dios, intentemos verle en los demás: en amigos que nos sorprenden; en acontecimientos que nos superan y no entendemos; en sacerdotes que, en su nombre nos interpretan su palabra; en la belleza allí donde se encuentre. Dios puede servirse de lo que estime oportuno para sorprendernos y hacerse el enconradizo con nosotros, como lo hizo con Zaqueo, con María Magdalena, con Marta, María y Lázaro, con Nicodemo y con tantísimos otros, no todos conocidos, que leemos en el Evangelio.

Si me preguntaran: ‘Tú quién eres’, ¿se parecería mi respuesta a la Juan?

Dado que sea testigo, ¿me consideran creíble?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

San Basilio y San Gregorio

San Basilio de Cesarea

Cesarea de Capadocia, 330 - Cesarea, 1-enero-379

Suele situarse el nacimiento de San Basilio en el año 330, el mismo en que el emperador Constantino el Grande inauguraba la nueva Roma, Constantinopla. Nace Basilio en Cesarea de Capadocia, metrópoli civil y religiosa situada casi en el Centro-Oeste de Asia Menor, donde se juntaban los caminos que desde Bizancio y la costa occidental conducían a Armenia. Llamada antes Mazaca, luego Tiberia, Cesarea corresponde a la actual Kayseri.

La familia en que nace Basilio está ya marcada por las dos características que de manera eminente destacarán en ella: la fe cristiana y el amor a la cultura griega.

Formación: familia y escuelas

Sin duda, el primer maestro de Basilio fue su padre, Basilio el Viejo, quizás en la misma casa de la abuela en Neocesarea o en sus alrededores. [...] Ya adolescente, pasa a las escuelas de Cesarea, donde es muy probable que tuviera como maestro al neoplatónico Eustacio y donde conoció a Gregorio de Nacianzo. Pero su padre quería para el hijo la mejor formación e instrucción, y lo envió a estudiar primero en las escuelas de Constantinopla y luego en las de Atenas, donde permanecerá cuatro años. Aquí se encuentra de nuevo con su paisano Gregorio de Nacianzo, y entre los dos nace una amistad, fundada en la comunión de ideas y de ideales, tan estrecha que el mismo Gregorio la definirá como «un alma en dos cuerpos», llegará a ser referente obligado para definir la verdadera amistad. Basilio y Gregorio frecuentaron juntos las mismas clases y los mismos maestros, principalmente, según el historiador Sócrates, el pagano Himerio y el cristiano Proheréseo.

Cristiano, anacoreta y monje

Su larga, rica y esmerada preparación no fue, sin embargo, para él más que un enriquecimiento de su vivencia de la fe cristiana, pese a su condición de catecúmeno. No obstante, cuando el año 355 regresó a Cesarea y se dedicó a la enseñanza de la Retórica, durante algún tiempo padeció el sarampión de orgullo y vanidad propio de todo joven profesor. Pero pronto hicieron mella en él las reconveniones de su hermana Macrina y los embates de la gracia divina, e inició un proceso de conversión que le llevó a pedir el bautismo, que recibió de manos del obispo de Cesarea, Diano. El bautismo, pues, fue la consciente decisión personal que coronaba con toda normalidad una larga y profunda educación en la fe dentro de un fervoroso ambiente familiar.

Como expone en su carta al maestro espiritual y amigo de la familia, figura importante en la historia del monacato de Asia Menor, Eustacio de Sebaste, apenas recibido el bautismo. Basilio vio acrecentarse en él el deseo —que ya le había apuntado en Atenas— de abrazar la vida monástica, y quiso explorar y estudiar sus distintas formas. Eustacio había orientado ya hacia ella a la madre, Enmelia, y a la hermana, Macrina. Pero Basilio quería conocer personalmente otras experiencias y se embarcó en un largo viaje, ansioso siempre de hallar los mejores modos de practicar la vida ascética. El itinerario parece que se lo fue marcando, sin saberlo, el propio Eustacio, a cuya zaga, sin alcanzarlo, fue Basilio visitando los monasterios de Alejandría y del resto de Egipto de Palestina, Siria, Celesiria y Mesopotamia. Así transcurrieron unos dos años.

A resultas de esta peregrinación, estableció su retiro en un lugar llamado Anisa (o Anesis), a orillas del Iris, cerca de Neocesarea, en una posesión familiar que Basilio consideró apropiadísima para realizar su ideal de vida ascética y que describe en términos de entusiasta lirismo a su amigo Gregorio de Nacianzo. Pero no lo hace por simple prurito literario o como ejercitación escolar. Basilio comienza allí su generosa y total entrega a la vida anacóretica, que pronto se convertirá, y ya para siempre, en cenobítica. Y sintiéndose plenamente realizado, invita a su entrañable amigo a que le acompañe en esta nueva aventura. Gregorio, que también sentía inclinación por la vida contemplativa, aceptó, y juntos se entregaron a la vida monástica y al estudio. Pero Gregorio no resiste el ritmo y las exigencias de aquella vida y, ayudado por la nostalgia de los suyos, no tarda en regresar a su tierra.

El año 364, el nuevo obispo de Cesarea, Eusebio, ordenaba de presbítero a Basilio y le convertía en su colaborador. Sin duda esta colaboración fue particularmente eficaz en el cuidado de los pobres, ancianos, viajeros, etc., sobre todo con motivo de la hambruna que en torno al año 368 se abatió sobre Capadocia, tal como da a entender en sus cartas 27 y 31. [...]

Obispo de Cesarea

El año 370 moría Eusebio, su obispo, y dada la importancia de Cesarea como metrópoli de Capadocia y del Ponto, no era fácil la elección de sucesor, sobre todo teniendo en cuenta el interés que, avalados por el emperador Valente, manifestaban los arrianos por apoderarse de esta sede. Pero se adelantaron los ortodoxos, encabezados por el viejo obispo de Nacianzo, Gregorio, el padre del gran amigo, y llamaron a Basilio como sucesor de Eusebio.

Siguiendo su anterior actuación como presbítero, Basilio comenzó su episcopado poniendo como preocupación prioritaria del mismo la atención a los más pobres y desheredados, preocupación que no abandonará nunca. Rondaba los cuarenta años cuando recibió el episcopado y se hallaba, por tanto, en la plenitud de sus fuerzas y posibilidades, que él empeñó al servicio de los pobres. Sin duda él es uno de los primeros entre los grandes organizadores de la caridad cristiana. En los alrededores de Cesarea construyó un enorme complejo hospitalario, con dos finalidades: sanitaria una, para atender a los enfermos, con todo un equipo de médicos, de enfermeros y de auxiliares. con viviendas propias dentro del complejo; y otra de hospitalidad, para recibir y alojar debidamente a peregrinos y a pobres sin techo, sobre todo ancianos. El complejo, casi una verdadera ciudad, recibió de la gente el nombre de «Basilíada».

Maestro de la fe católica

El panorama de la Iglesia en Oriente era desolador. Al amparo del emperador arriano Valente, los obispos arrianos acaparaban las sedes más importantes, incluida Constantinopla, y, como dice San Jerónimo, parecía que el mundo entero se había vuelto arriano. Hasta el gran amigo y maestro de Basilio en la vida monástica, Eustacio de Sebaste, se pasó al bando de los macedonianos, siendo este caso, quizás, lo que más le hizo sufrir a Basilio en sus últimos años.

Para refutar adecuadamente a los arrianos, [escribió varias obras]. Dos obras de contenido dogmático —*Contra Eunomio* y *Sobre el Espíritu Santo*— tienen una proyección universal y se orientan al diálogo teológico. Las Homilias y Sermones miran sobre todo a la acción pastoral con la propia grey, para suscitar, mantener, purificar y acrecentar la fe en su diócesis y en toda Capadocia. En su extensa correspondencia epistolar con toda clase de gente y sobre toda clase de temas y asuntos, Basilio abre su corazón de padre a todos cuantos a él acuden, sin discriminaciones, pero sobre todo dialoga con los representantes de la mayor parte de las Iglesias y de todos los partidos, pues estaba convencido de que las dificultades doctrinales de la Iglesia no se podían solucionar más que con miras ecuménicas y con gestos y actitudes dialogantes, flexibles, desde la humildad, «ya que no es cuestión de devanarse los sesos con asuntos que escapan a nuestro conocimiento».

Hombre de Iglesia, padre del monacato

De su siempre viva solicitud por la vida monástica, por la que nunca dejó de suspirar al verse privado de ella, dan fe sus diversas y sucesivas elaboraciones y redacciones de sus Reglas monásticas, que tan profundamente han marcado a todo el monacato posterior, tanto oriental como occidental.

El 9 de agosto del 378 moría en la batalla de Adrianópolis en Tracia el emperador Valente, y la marcha de la recuperación de la fe nicena, gracias a la orientación de Basilio, iba ganando cada vez más terreno, y con la llegada de Teodosio al trono se abrían mejores perspectivas para toda la Iglesia.

Pero Basilio no pudo disfrutar mucho tiempo de lo que en gran parte era fruto maduro de su persistente trabajo. Nunca había gozado de buena salud, y su cuerpo debilitado no pudo al final resistir las exigencias y la fuerza explosiva de su ardorosa alma y moría, según todos los indicios, el 1 de enero del año 379, en la plenitud de la edad. Apenas si llegaba a los cincuenta. Once años antes, en carta consolatoria a la Iglesia de Neocesarea por la muerte de su obispo Musonio, queriendo describir a éste, nos dejó su propio retrato: «Ha muerto un hombre que sobrepasó de la manera más clara a sus coetáneos por todas sus cualidades reunidas: sostén de su patria, ornamento de las iglesias, pilar y basamento de la verdad, fundamento de la fe en Cristo, seguridad de los suyos, imbatible para sus enemigos, guardián de las leyes de nuestros padres, enemigo de toda innovación y manifestación visible de la antigua figura de la Iglesia». [...] Su hermano Gregorio de Nisa y su amigo Gregorio de Nacianzo, en sendos elogios fúnebres, se hicieron eco del sentir común de las Iglesias, proclamaron su santidad y le llamaron „El Grande, Magno.” Recordemos unas palabras del amigo, hacia el final de su elogio fúnebre: «Yo creo que las viudas harán el elogio de su protector; los mendigos, el del amigo de los mendigos; los extranjeros, el del amigo de los extranjeros; los hermanos, el amigo de sus hermanos; los enfermos, el de su médico, sin que importe de qué enfermedad ni de qué medicina; los que gozan de buena salud, el del guardián de su salud; y todos, el de aquel que se hizo todo para todos, para ganar a todos o a casi todos».

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

San Gregorio de Nacianzo

*Obispo y doctor de la Iglesia
Arianzo (Capadocia), 330/339 - Arianzo, 390*

San Gregorio de Nacianzo nació entre los años 330 y 339, muy probablemente en Arianzo, Noroeste de Capadocia, lugar en que su familia tenía buenas posiciones, o en la misma Nacianzo, vecina, donde era obispo su padre, al que se conoce como Gregorio el Viejo. Éste no provenía de familia cristiana, Pertenebió a la secta llamada de los hipsistarios (adoradores del Hysistos o Altísimo), medio judía y medio pagana, de la que se apartó a la vez que se acercaba al cristianismo, gracias al influjo de su esposa Nona. Rondaba ya por los cuarenta y cinco años cuando se convirtió al cristianismo, hecho que, al parecer, coincidió con el paso por Nacianzo de muchos obispos orientales que se dirigían al Concilio de Nicea, por tanto el año 325. Todos le apreciaban, tanto que, al cabo de solamente cuatro años, al quedar vacante la sede episcopal de Nacianzo, los obispos de Capadocia, de acuerdo con los fieles, le eligieron a él como obispo, hecho bastante frecuente durante el siglo IV.

[...] Terminados los estudios en Nacianzo, marchó a proseguir su formación, sucesivamente, en Cesarea de Capadocia, donde tuvo su primer contacto con San Basilio, en Cesarea de Palestina, en Alejandría y, finalmente, en Atenas.

Compañero de San Basilio

A su larga estancia en Atenas le debe Gregorio su extenso y perfecto conocimiento de la cultura griega y su formación literaria. [...] Ya de regreso en Nacianzo, Gregorio dio buenas pruebas de haber adquirido gran competencia en retórica, pero en su Autobiografía ha dejado también constancia de sus dudas y vacilaciones, pues su anhelo profundo seguía siendo el de llevar una vida genuinamente ascética y contemplativa, con las renunciaciones consiguientes, aunque no al estudio, pues también anhelaba con idéntica fuerza interior conocer a fondo la Sagrada Escritura. Fue en esta época, cuando recibió el bautismo, de manos de su padre.

Secundando la llamada de Basilio, se retiró con éste a la soledad de Anisa, donde se ejercitó en la vida ascética y a la vez colaboró con Basilio en la composición de la Filocalia, a base de extractos de las obras de Orígenes, y sin duda influyó no poco en la elaboración de las primeras redacciones de las Reglas monásticas. Pero pronto se impuso a su sensibilidad casi enfermiza la nostalgia de la acción y del afecto familiar, quizás disfrazado de piedad para con sus ancianos padres, y regresó a Nacianzo.

Lo cierto es que su padre, por los achaques de la edad, sentía la necesidad de un colaborador que le ayudara en sus tareas pastorales. Y en una de las fiestas de finales del 361 o de comienzos del 362, ordenó de sacerdote a Gregorio, sin atender a las protestas de éste que, sin embargo, por su tímido y frágil carácter, cedió. [...] Diez años transcurrieron mientras Gregorio ejercía eficazmente su sacerdocio junto a su padre, cuya capacidad iba disminuyendo con la edad, por lo que su responsabilidad fue también acrecentándose.

Obispo de Sasima y de Nacianzo

El emperador Valente, sucesor de Juliano en el imperio, resultó ser un decidido protector de los arrianos, y el año 371, por razones políticas, pero también con el fin de debilitar la fuerza de la ortodoxia nicena en Capadocia, muy pujante bajo la égida del obispo de Cesarea, Basilio, dividió en dos la Gran Capadocia. La nueva situación y las pretensiones de Antimo, el obispo de Tiana, la nueva capital de la Segunda Capadocia, obligaron a Basilio, metropolitano de Cesarea, a reforzar su parte, y para ello confió a Gregorio la nueva sede creada en Sasima, pequeña pero de mucha importancia estratégica como encrucijada de caminos y nudo de comunicaciones.

De esta manera resultó que también el episcopado se le impuso a Gregorio casi a la fuerza, por razones de política eclesiástica, aunque tampoco esta vez supo decir que no, y fue consagrado poco antes de la Pascua del 372. El año 374, morían los padres, Gregorio el Viejo y Nona, con poco tiempo de intervalo. A instancias de los obispos de la provincia, con Basilio en cabeza, Gregorio aceptó la carga de administrar la sede naciancena, pero sólo como medida provisional, hasta que se hallase el titular sucesor de su padre. Es lo que ocurrió justamente a la muerte del emperador Valente en la batalla de Adrianópolis contra los godos, el 9 de agosto del 378. Al tomar el mando como Augusto del Oriente el español Teodosio, de confesión ortodoxa, el 19 de enero del 379, las perspectivas de la fe nicena cambiaron por completo, pues el socio de Occidente, Graciano, también defendía la ortodoxia. Por si fuera poco, el primero de ese mismo mes y año, consumido por la enfermedad y el ejercicio incansable de su caridad pastoral, moría el gran amigo Basilio.

Al frente de la iglesia de Constantinopla

Ocurría también que en la gran metrópoli, Constantinopla, los arrianos, apoyados por Valente hasta entonces, al cabo de casi cuarenta años habían logrado apoderarse de todas las iglesias de la ciudad y seducir a la gran mayoría de la población, hasta el punto de que los católicos ortodoxos habían quedado reducidos a un pequeño grupo, sin local para el culto y sin pastor para sus almas. Pero, ante la nueva realidad política, tuvieron la osadía de buscar y tratar de convencer a Gregorio para que, dejadas de lado sus persistentes repugnancias, se hiciera cargo de la dirección de la pequeña pero fiel comunidad de Constantinopla. Y una vez más se sobrepuso a sí mismo y aceptó. [...]

Fue enorme el esfuerzo y el sufrimiento de Gregorio para recobrar Constantinopla y devolverla a la fe ortodoxa, y enorme también la repercusión que en este sentido tuvieron sus cinco discursos teológicos pronunciados en el verano de 380, en los que expuso, con claridad y hondura, la doctrina ortodoxa sobre el misterio de la Trinidad, para instrucción de su grey y refutación de arrianos, eunomianos, macedonianos y apolinaristas. En estos discursos alcanza su cima el pensamiento teológico de Gregorio, y le merecieron el sobrenombre de «El Teólogo».

El 24 de noviembre del mismo 380, entró en Constantinopla el emperador Teodosio, después de su victoriosa campaña contra los godos, y en seguida obligó a los arrianos a devolver a los ortodoxos todas las iglesias, desterró al obispo arriano, Demófilo, y el 27 de noviembre entronizó solemnemente a Gregorio en la emblemática basílica de los Santos Apóstoles, esperando, sin duda, que su iniciativa sería aceptada por las autoridades eclesiásticas pertinentes.

[En ese momento el emperador consideró oportuno convocar un Concilio y] a fines del 380 o comienzos del 381, promulgó el decreto que convocaba a los obispos de Oriente a reunirse en Constantinopla.

El Concilio de Constantinopla

Se congregaron unos 150 en total, y entre ellos los hermanos de Basilio —Gregorio de Nisa y Pedro de Sebaste—. Melecio de Antioquía, Cirilo de Jerusalén y Anfiloquio de Iconio, el primo de Gregorio y amigo de Basilio, que, sin ser una eminencia, fue un excelente colaborador. La presidencia del concilio recayó en Melecio, el obispo más antiguo. Y con él comenzaron las sesiones de un concilio de Oriente que, sin embargo, pasaría a la Historia como el segundo Concilio Ecuménico. Efectivamente, en él se condenó una vez más al arrianismo, y se añadió la condena de los pneumatómacos -eunomianos y macedonianos-, de los apolinaristas y de los sabelianos.

Solucionados los problemas doctrinales, los padres conciliares se ocuparon de revalidar la elección del obispo de Constantinopla. Con total unanimidad rechazaron por inválida la supuesta elección del intrigante Máximo y reconocieron como obispo legítimo a Gregorio de Nacianzo, tras de lo cual Melecio le entronizó oficialmente. Pero a finales de mayo, murió este anciano obispo de Antioquía, y Gregorio, presidente ahora del concilio, creyó llegado el momento de poner fin al escandaloso cisma de Antioquía, y como sucesor propuso a Paulino, el contrincante, rechazado hasta entonces como ilegítimo, y que no se hallaba presente. La oposición a esta candidatura fue realmente violenta, e hirió profundamente la sensibilidad temperamental de Gregorio. Por si esto fuera poco, llegaron, por fin, al concilio los obispos de Egipto, con el patriarca Timoteo de Alejandría en cabeza, y los obispos de Macedonia. Apenas incorporados a las sesiones, inmediatamente se declararon contrarios a la elección que los conciliares habían hecho de Gregorio para la sede de Constantinopla, y alegaban el canon XV de Nicea, que prohibía trasladar de sede a un obispo, y Gregorio, naturalmente, era obispo de Sasima. El asunto se agravó porque el papa Dámaso, opuesto a la elección del «cínico» Máximo, se declaró, no obstante eso, conforme con la postura de los alejandrinos, los cuales llegaron hasta negarse a asistir a la liturgia oficiada por Gregorio.

Realmente hacía mucho tiempo que dicho canon no estaba vigente, si alguna vez se cumplió, y por otra parte, realmente también, Gregorio nunca había tomado posesión de Sasima ni había puesto en ella el pie, y de Nacianzo tampoco fue nunca titular. La defensa, pues, no era difícil. Pero Gregorio, cansado y hastiado de tanta política, no quiso luchar para sobreponerse a lo que consideraba dos fracasos morales, y así tomó una decisión inquebrantable, noble y a la vez tremendamente apasionada: renunciar a su cargo, tan apetecido por tantos, dejar vía libre para la elección de otro candidato y retirarse definitivamente a su amada y añorada soledad.

En el discurso de adiós a sus fieles, volcó toda la ternura y emoción de su alma sensible, toda la amargura de su desconsuelo ante la insensatez de los humanos y toda la esperanza que depositaba en la nueva etapa de su vida: «Elegíds otro. un hombre que agrade a la muchedumbre. A mí dadme la soledad, el campo y Dios, el único a quien agradaremos con nuestra indignidad».

[...] Así, pues, de inmediato y sin esperar el final del concilio, se marchó de Constantinopla y se retiró a Arianzo, para, como él mismo dice en sus Cartas, reponer su quebrantada salud y sobre todo recuperar la necesaria calma interior después de tan agitados y dolorosos avatares.

Gregorio murió, casi con toda seguridad, el año 390, en su retiro de Arianzo. Su influjo fue enorme en todo el Oriente, que le veneró como uno de los Tres Grandes (con San Basilio y San Juan Crisóstomo). Su pneumatología (doctrina sobre el Espíritu Santo) y su cristología fueron decisivas para el posterior desarrollo teológico y dogmático.

Su culto se extendió rápidamente por todo Oriente, y su fiesta se celebró en Oriente el 25 de enero.

Argimiro Velasco Delgado, O.P.

Mar
3
Ene
2017

Evangelio del día

Segunda semana de Navidad

Hoy celebramos: Santo Nombre de Jesús (3 de Enero)

“Este es el Cordero de Dios”

Primera lectura

Lectura de la primera carta de Juan 2,29;3,1-6:

Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él. Mirad que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. Todo el que comete pecado quebranta también la ley, pues el pecado es quebrantamiento de la ley. Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado. Todo el que permanece en él no peca. Todo el que peca no le ha visto ni conocido.

Salmo

Sal 97,1.3cd-4.5-6 R/. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas;
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera,
gritad, vitoread, tocad. R/.

Tañed la cítara para el Señor
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas
aclamad al Rey y Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Juan 1,29-34

Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: "Trás de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo." Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua es para que sea manifestado a Israel.»

Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado el Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo." Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Ahora somos hijos de Dios”

Una de las enseñanzas principales de San Juan, tanto en el evangelio como en sus epístolas, es la verdad de nuestra filiación divina. “A los que le recibieron les dio el poder de venir a ser hijos de Dios”. “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, ¡pues lo somos!”. La vida de un seguidor de Jesús no consiste más que en ser consecuentes con su filiación, vivir como lo que es, un hijo de Dios... de aquí brotan nuestros actos buenos, nuestros actos de hijos, nuestros actos de hermanos, los que le agradan a nuestro Padre y nos llenan el corazón de gozo.

San Juan tiene dos expresiones que a nosotros, que somos hijos de Dios pero que pecamos, nos sorprenden: “Todo el que permanece en él, no peca. Todo el que peca, no le ha visto ni conocido”. Nos gustaría no pecar... pero pecamos. Nos pasa que de vez en cuando nos alejamos de Dios, no permanecemos en él, no nos portamos como hijos de Dios, sino como hijo del mal. Tenemos que pedir a Cristo Jesús, el que se ha llegado hasta nosotros, el que nos ama, el que nos ha hecho hijos de Dios, que siempre nos portemos como hijos de Dios y no le demos la espalda.

“He dado testimonio de que este es el Hijo de Dios”

En la misma línea del evangelista Juan, Juan el Bautista nos presenta a Jesús, al Cordero de Dios como “el que quita el pecado del mundo”. Si nos hace hijos de Dios, como acabamos de indicar, los hijos de Dios no pecan.

Aunque todo parece indicar que tanto a Juan Bautista como a sus discípulos les costó llegar a que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios. Pero por revelación especial de Dios, a través de los signos que nos indica este evangelio, Juan descubre que Jesús es el Hijo de Dios y da testimonio de ello. Por eso en otra ocasión le oímos decir: “Conviene que él crezca y yo mengüe”.

A nosotros, cristianos ya de 2017, salvando las distancias y las circunstancias personales, nos toca la misma misión que la de Juan: dar testimonio de Jesús y presentarle como el Hijo de Dios, el que viene a ayudarnos y salvarnos como solo él sabe hacerlo. No cabe duda que lo podemos hacer con palabras, dando a conocer a través de ellas a Jesús y todo lo que sabemos de él. Pero, sobre todo, tenemos que dar testimonio con nuestra vida. Que los que nos rodean vean que detrás de todo lo que pensamos, hacemos, vivimos... está Cristo Jesús. Nuestra vida no se explica sin él. Si nos quitan a Cristo nos quitan la vida.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santo Nombre de Jesús

Para la conmemoración

El amor que sintieron ya los cristianos de los primeros siglos hacia el nombre del Señor Jesús, Salvador, según nos consta por los escritores apostólicos y por la tradición, y que no sólo informó sus vidas sino que los llevó hasta confesar públicamente su fe y padecer el martirio por esta causa, fue adquiriendo un mayor desarrollo con el correr de los tiempos. En la tradición de la Iglesia oriental se desarrolló en íntima relación con la espiritualidad monástica llamada «hesicástica» (contemplación imperturbable). En occidente, en cambio, la devoción al nombre de Jesús se presenta bajo determinadas formas de devoción popular y en conexión siempre con el ciclo de las celebraciones de la Navidad. A partir del siglo XII adquirió gran auge por el influjo sobretodo de los monasterios en donde esta devoción tuvo una característica especial en su fervor, cuyo insigne testimonio es el himno, o «magna iubilatio», *lesu, dulcis memoria*, llegado hasta nosotros.

En nuestra Orden ya desde sus orígenes se enumeran muchos hermanos que profesaron amor muy particular al «dulcísimo nombre del Salvador». Esto se comprueba en que el papa Gregorio X, poco después de la celebración del segundo concilio de Lyon (1274), encomendó a los frailes Predicadores la promoción de la alabanza y veneración del santísimo nombre de Jesús, siendo el beato Juan de Vercelli (t. 1283), Maestro entonces de la Orden, uno de los que con más ardor se dedicó a esa promoción.

Esta dedicación apostólica se vio reforzada a la vez con nuevas formas de espiritualidad de los franciscanos y se incrementó en el s. XIV con preclaras formas de predicación y escritos espirituales entre los que se cuentan especialmente los del beato Enrique Seuze (1366), con la predicación de san Bernardino de Siena (1444) y al mismo tiempo con la difusión de las Hermandades del Santísimo Nombre: precisamente en la fundación de ellas nuestra Orden trabajó incansablemente a lo largo de los siglos por encargo de los Sumos Pontífices, especialmente a partir de Pío IV (1559-1565), juntamente con las cofradías del santo rosario.

A partir del siglo XIV se dan ya formularios litúrgicos propios, si bien solamente en siglos sucesivos pasan a la liturgia, y así, concretamente, los franciscanos lo harán en el año 1530; a finales del siglo XVII los dominicos; en el calendario romano para toda la Iglesia en 1721 ya existía en la liturgia la celebración de la Circuncisión del Señor (día 1º de enero), en la cual se aludía principalmente a la imposición del nombre de Jesús. Últimamente en el nuevo misal romano esta festividad cedió el puesto a la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, en la cual se conmemora también de modo principalísimo la imposición del nombre de Jesús (CR, n. 35). Asimismo se da en el misal romano actual la misa votiva del santísimo nombre de Jesús. A ella corresponde, pues, el presente Oficio votivo, que puede usarse «ad libitum» (OGLH, nn. 244-245), especialmente para la celebración del propio patrono o del título de la iglesia.

Mié
4
Ene
2017

Evangelio del día

Segunda semana de Navidad

Hoy celebramos: Santa Zedíslava de Lemberk (4 de Enero)

“Hemos encontrado al Mesías”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 7-10

Hijos míos, que nadie os engañe. Quien obra la justicia es justo, como él es justo. Quien comete el pecado es del diablo, pues el diablo peca desde el principio. El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo. Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, porque su germen permanece en él, y no puede pecar, porque ha nacido de Dios. En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano.

Salmo

Sal 97: "Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios"

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo. R/.

Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
aplaudan los ríos, aclamen los montes. R/.

Al Señor, que llega para regir la tierra.
Regirá el orbe con justicia
y los pueblos con rectitud. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1,35-42

En aquel tiempo, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Éste es el Cordero de Dios.»
Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?»
Ellos le contestaron: «Rabi (que significa Maestro), ¿dónde vives?»

Él les dijo: «Venid y lo veréis.»

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo).»

Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro).»

Reflexión del Evangelio de hoy

El que no obra la justicia no es de Dios

No es que el creyente no pueda pecar, no, que la experiencia de cada uno algo tiene que decir. Lo que sucede es que el Hijo de Dios ha superado la historia del pecado y ha abierto el tiempo de la gracia. El creyente se siente inmerso en ese tiempo y bien sabe que si opta por luchar contra el pecado Dios será siempre el motor de su conversión. Por esta hermosa iniciativa de la gracia somos los creyentes impecables, nuestra vocación, al estar bañados siempre en el amor gratuito de Dios, es obrar la justicia, de ahí nuestra santidad. Bien es cierto que nuestro hombre viejo se resiste a desaparecer, por eso actualizamos la memoria redentora que nos dice que hemos nacido de Dios, lo que nos convierte en peregrinos hacia el amor de Dios Padre, el mejor aval para avalar y destruir al hombre viejo. No nos dice la carta que seamos impecables, sino que nos tornamos tales si mantenemos la actitud de entrar en la lucha que el Hijo del Hombre mantiene contra todo aquello que nos deshumaniza. ¿Cuál es el mejor síntoma de este estado de cosas al que nos invita la cercanía del Hijo del Hombre de la que disfrutamos en nuestro seguimiento? La voluntad de ser trabajadores del Reino para facilitar nuestra pertenencia a él, y apostar siempre por obrar la justicia, que es lo mismo que servir en amor a los hermanos. Y amar en servicio es lo mismo que encontrarnos con Jesús de Nazaret, pues nuestra limitación humana no nos separa del compromiso con el mundo, pues en él nos mantendremos al vivir perdonados: admirable experiencia de gracia.

Hemos encontrado al Mesías

El evangelio de Juan adelanta a su inicial capítulo la llamada de los primeros discípulos y lo hace con particular sello, pues desea resaltar el recorrido, desde su origen, que la fe va a transitar y demostrar con el testimonio. Los discípulos descubren a Jesús y, al instante, desvelan su condición mesiánica, aquella de la que hablaron Moisés y los profetas. El seguimiento del Maestro se expone, pues, en estilo vivo y dinámico, contrastando el 'pasar' de Jesús y la inmovilidad de Juan, su anterior maestro. Seguir a Jesús es desarrollar la voluntad de ser su discípulo por escuchar su voz, por hablar de la luz que del Maestro viene. Las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Juan, ¿Qué buscáis? rezuman algo similar a las de María Magdalena en la mañana de la Pascua. Pero la respuesta de los primeros llamados no inquietan tanto el lugar donde pueda vivir cuanto conocer detalles de la persona a seguir: por eso emprenden el camino de la fe con la única dirección de entrar en comunión total con Jesús de Nazaret. Fueron y vieron donde vivía, y se quedaron con él. Experiencia de fe, ir y ver, permanecer o entrar en comunión con él. Los llamados, a su vez, amplían a otros la llamada al seguimiento con la salvadora certeza de que han encontrado lo que buscan, al Mesías, el que cambiará sus vidas, y no sólo el nombre, por su servicio al plan de Dios entre nosotros. A no dudar, el evangelio así acogido invita a la gratitud y al alegre anuncio de la gracia.

Madre de cuatro hijos, Zedíslava aportó todo su entusiasmo para expandir la Orden de Santo Domingo en sus inicios en la región de Bohemia, amén de conseguir fondos para la fundación de dos conventos. Concilió admirablemente su dedicación como madre de familia y su solidaridad misericorde con los pobres de su tiempo.

*Evidente que pecadores somos, pero ¿asumimos la evidencia del perdón constante de Dios Padre-Madre?
¿Ponemos reparos en acoger en nuestras comunidades creyentes a los que dudan y buscan para que vean cómo vivimos?*



Fr. Jesús Duque O.P.
Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)

Santa Zedislava de Lemberk

Zedislava nació en Krizanov (Moravia). Vivió con gran ejemplaridad su vida de madre de familia, ejerciendo una caridad continua con los afligidos. Consiguió de su marido la fundación de dos conventos de la Orden de Predicadores, colaborando así a su expansión por Polonia, Prusia y Bohemia. Murió en Jablonné, según se cree, el 1 de enero de 1252 y su cuerpo se venera en la iglesia de San Lorenzo. Su culto fue confirmado en 1907. Fue canonizada por el Papa Juan Pablo II en 1995.

Del Común de santas, que practicaron la misericordia.

Oración colecta

Oh Dios, que enseñaste a la beata Zedislava
el camino de la perfección
en el servicio de la vida conyugal
y en las obras de caridad;
concédenos, por su intercesión,
que las familias se renueven constantemente
y den testimonio de virtudes cristianas.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Jue

5
Ene

2017

Evangelio del día

Segunda semana de Navidad

“Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3,11-21:

Éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No seamos como Caín, que procedía del Maligno y asesinó a su hermano. ¿Y por qué lo asesinó? Porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran buenas. No os sorprenda, hermanos, que el mundo os odie; nosotros hemos pasado de la muerte a la vida: lo sabemos porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El que odia a su hermano es un homicida. Y sabéis que ningún homicida lleva en sí vida eterna. En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. Pero si uno tiene de qué vivir y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo. Queridos, si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios.

Salmo

Sal 99 R/. Aclama al Señor, tierra entera

Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores. R/.

Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño. R/.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre. R/.

«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,

su fidelidad por todas las edades.» R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 1,43-51

En aquel tiempo, determinó Jesús salir para Galilea; encuentra a Felipe y le dice: «Sígueme.»

Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: «Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret.»

Natanael le replicó: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?»

Felipe le contestó: «Ven y verás.»

Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño.»

Natanael le contesta: «¿De qué me conoces?»

Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.»

Natanael respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.»

Jesús le contestó: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores.»

Y le añadió: «Yo os aseguro: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.»

Reflexión del Evangelio de hoy

«No amemos de palabra, sino de obra.

Es de nuevo el gran mandamiento de Cristo que Juan nos recuerda: el amor. No hay otro más grande ni hay otra señal de que Dios está con nosotros que el amor que mostremos a los hermanos.

Esto es así: un mandamiento fácil de enunciar, pero también es cierto que es el mandamiento más difícil de cumplir. Nuestras apetencias naturales van en otra dirección. Queremos dominar, ser los “machos” o “hembras” alfa de la manada y nuestra tendencia a sobrevivir por encima de todo nos puede llevar, nos lleva, a olvidar que amar es compartir, es donar, es, sobre todo, donarse a los hermanos, olvidando las propias apetencias. Y no debemos reducir el espacio donde repartir el amor. Cuando decimos convencidos “Padre nuestro que estás en los cielos”, estamos confesando que todos los seres humanos hemos nacido del mismo Padre y, obviamente, somos hermanos.

«Maestro, ¿Dónde vives?»

Asistimos, según el Evangelio de S. Juan, a las primeras llamadas de Jesús a sus seguidores. Poco importan los nombres propios; lo importante es la respuesta que se da a la llamada.

Juan renuncia a dos de sus seguidores en beneficio de Jesús. El precursor sabe que tiene que dejar pasar delante al enviado, a menguar para que Jesús pueda crecer y lo hace generosamente.

Pronto el grupo discípulo se hace más numeroso y más hombres se van uniendo a la llamada de aquel hombre extraordinario del que esperaban la liberación de Israel y el establecimiento de un nuevo reino bajo su mando. Seguramente Juan esperaba algo semejante y por eso tiene que preguntar: “Eres tú o tenemos que esperar a otro”, porque Jesús está yendo por caminos que no responden a la idea preconcebida por los que esperaban al Mesías.

Así el grupo que sigue a Jesús se irá consolidando. Pero conviene que nos detengamos –me detenga—observando que los que son llamados directamente por Jesús o a través de los ya elegidos, los que permanecen en la compañía del Maestro. Otros se van a acercar en otros momentos y van a querer seguirle pero tras una breve experiencia desisten y se alejan. Solamente la llamada de Cristo tiene fuerza suficiente para vencer todos los obstáculos y apetencias personales que se oponen al seguimiento. El mero deseo personal de seguir al Maestro, suele terminar en fracaso, puede que sea porque yo desee afirmarme en el Maestro, no seguirle con todas las consecuencias, con el nivel de renuncia al propio yo necesario para ser una parte más del Cuerpo de Cristo. Ser capaz de dejarse invadir por el Amor absoluto y saber transmitirlo es muy difícil, pero posible con la ayuda de Dios. Si sientes que te llama, no lo dudes: ¡Adelante!

¿Me atreveré a preguntar “Maestro donde vives” y seguir su invitación?



D. Félix García O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de Viveiro (Lugo)

El día **6 de Enero de 2017** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).

“Está cerca el reino de los cielos”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3,22-4,6:

Queridos hermanos:

Cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada.

Y este es su mandamiento; que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó.

Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros por el Espíritu que nos dio.

Queridos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo.

Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en la carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo.

Vosotros, hijos míos, sois de Dios y lo habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo les escucha.

Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha.

En esto conocemos el espíritu de la verdad y el Espíritu del error.

Salmo

Sal 2,7-8.10-12a R/. Te daré en herencia las naciones

Voy a proclamar el decreto del Señor;

él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo;

yo te he engendrado hoy.

Pídemelo: te daré en herencia las naciones,

en posesión, los confines de la tierra.» R/.

Y ahora, reyes, sed sensatos;

escarmentad, los que regís la tierra:

servid al Señor con temor,

rendidle homenaje temblando. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 4,12-17.23-25

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea.

Dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías:

“País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles, El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra de sombras de muerte, una luz les brilló.”

Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo:

“convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.”

Recorrió toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo.

Su fama se extendió por toda Siria y le traían todos los enfermos aquejados de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, lunáticos y paralíticos. Y él los curaba.

Y le seguían multitudes venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania.

Reflexión del Evangelio de hoy

Acercarnos a Dios con plena confianza

En la 1ª lectura, Juan insiste en varios aspectos de su doctrina, muy querida y repetida, que hemos escuchado estos últimos días en la lectura de sus cartas, y que incluso encontramos en Jn 13,34-36; Jn 15.

Se trata de exhortaciones que hace a su comunidad, para que asuman unas actitudes básicas en su vida cotidiana y en su vida de fe. Nos viene a decir que podemos conocer “experimentalmente” que Dios habita en nosotros (v.24) por la manera en que guardamos sus mandamientos, y que esta observancia hará que nuestro corazón =conciencia no nos acuse (v.21) de nada ante Él.

Parándonos una y otra vez en el texto, constatamos que Juan no desea que su comunidad se pierda en una discusión teórica sobre el contenido de su doctrina, así, muy sencillamente expresa la idea fundamental del mandamiento de Dios, señalando en él una doble

vertiente. Vertical: creer en el nombre de Jesucristo. Horizontal: amarnos los unos a los otros.

Al pararme en este tema, me viene la imagen de la preparación de ciertos árboles frutales que vi y me explicaron en un país de Latinoamérica. Había que dejarlos crecer un tope y cortar la guía central, dejando en el tronco por lo menos dos patas para que se convirtieran en guías y guardara todo el árbol un equilibrio. Hacer esto le hacía ser más productivo y le prolongaba la vida. Las ramas darán fruto pero nunca podrán separarse del tronco, que permanece siendo uno y sabiendo que su origen y fuente está en las raíces que se incrustan en la tierra.

No hay dos virtudes distintas y separadas en este mandamiento, la fe por un lado y la caridad por otro. Juan lo presenta de tal manera que no parece constituir sino una sola virtud: sabernos hijos de Dios. Llegar a vivir estas dos dimensiones de una única virtud, nunca ha sido tarea fácil para un creyente. Hoy en particular la "tentación" para un cristiano es (muy constatable en la sociedad de nuestra época) la de buscar vivir un amor fraterno más auténtico y universal, como viven y ofrecen muchos voluntariados y ONGs, pero sin referencia necesaria a Dios, olvidando que la salvación de la humanidad depende de una sola palabra: el amor. Pero un amor, que hunde sus raíces en la misma vida de Dios. ¿Constituye esto el fondo de mi vida?

Les invito a orar con estas dos expresiones de un autor que desconozco, que me llegan muchísimo:

Creer en Jesucristo, según S. Juan, es creer que el Padre ama a todos los seres a través de su propio Hijo y querer participar en esa mediación del amor

Creer en Jesucristo, es admitir igualmente que Jesús es la mejor réplica humana al amor del Padre y querer imitarle en su renuncia total a sí mismo y en su filiación obediente al Padre.

Jesús, vive atento a la realidad que le rodea

El concilio Vat. II nos sugirió una luz muy especial a toda la Iglesia, con una expresión novedosa y exigente. "Vivir atentos a los signos de los tiempos". ¿No es esta actitud la que llevó a Jesús a iniciar el anuncio de la Buena Nueva? Mt. nos dice que "al oír que Juan había sido preso, Jesús deja., sale y se va a morar., " (v12-13) Es como si la voz que estaba esperando le hablara a través de este gesto (Lc 3.18)

Jesús siente que ya es su momento, y hace algo sorprendente, que también es otra luz-exigencia para los que nos decimos sus seguidores. Va a iniciar su predicación "fuera", en salida, fuera de su recinto, fuera de la ciudad donde vivía, llegando a una frontera donde no apreciaban a los judíos, y utilizando un mensaje que a Juan le había llevado a la cárcel. Es como decir que Jesús mismo, inicia su vida pública haciendo vida en Él su mismo mensaje: "Cambiad porque se acerca el Reino de Dios".

Con esa actitud de "salida", descentrada de sí mismo, es más fácil que descubramos las necesidades de otros, haciendo una evangelización encarnada y sostenida por la Palabra de Dios. Resonando en nosotros la alegría de lo celebrado hace unos días: el nacimiento de Jesús, iniciemos con ilusión y esperanza este nuevo año.



Hna. Virgilia León Garrido O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San Raimundo de Peñafort

(1175-1275)

Semblanza espiritual

San Raimundo de Peñafort se dio del todo al estudio de las letras y de las artes liberales. De vuelta de Roma a Barcelona, escribe un tratado sobre el sacramento de la Penitencia; otro, sobre visitas pastorales, a petición de los obispos de Aragón; y uno más sobre la compra y la venta, para regular las relaciones justas entre los comerciantes cristianos.

Recibe con amabilidad a débiles e importantes. Predica cruzadas como itinerante, sin dispensarse de ayunos, vigiliass y observancias de la Orden. Gran amante de la Virgen María, colaboró en la fundación de la Orden de la Misericordia o Merced, cuyo objeto fue la redención de los cristianos cautivos de los moros, o con bienes materiales o quedando cautivos los religiosos para que no peligrase la fe de los cautivos.

Escribió una Suma de Moral y de Derecho que fue guía especialmente para los jóvenes en la resolución de los casos de conciencia. En honra de Nuestro Señor Jesucristo, de la gloriosa Virgen María y de Santa Catalina Mártir, compuso la Suma Raimundiana.

Gran penitente en vigiliass y en ayunos, entregado a la predicación, con gran cuidado de los pobres y oprimidos de los que fue defensor. Consejero prudentísimo, el legado pontificio lo recomendó al Sumo Pontífice que le nombró capellán de su palacio, penitenciario mayor y confesor suyo.

San Raimundo de Peñafort tenía gran humildad y prudencia en dar consejos, recibiendo a las personas que le consultaban con benignidad y dulzura.

[Su biografía en la sección de Grandes Figuras](#)

Oración Colecta

Oh Dios, que diste a san Raimundo
una entrañable misericordia
para con los cautivos y pecadores;
concédenos, por su intercesión,
que, rotas las cadenas del pecado,
nos sintamos libres
para cumplir tu divina voluntad.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

O bien:

Dios todopoderoso y lleno de bondad,
que muestras en los ejemplos
y enseñanzas de san Raimundo
que la plenitud de la ley es el amor de caridad;
infúndenos, clemente, tu Espíritu
para que nuestros corazones vivan de esa caridad
y caminen verdaderamente en la libertad de tus hijos.
Por nuestro Señor Jesucristo...

Oración de los fieles

Celebrante: Invoquemos con fervor a Dios Padre, que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Diácono:

Por los que llevan el nombre de cristianos, para que trabajen por la unión de todos en Cristo y sean fieles al Evangelio. Roguemos al Señor. R/ Te lo pedimos, Señor.

Por nuestros gobernantes, para que Dios les conceda saber mantener la justicia y la paz. Roguemos al Señor.

Por los que sufren, para que sepan unir sus sufrimientos a la pasión de Cristo y ayuden a la Iglesia a crecer en santidad. Roguemos al Señor.

Por los que se dedican al estudio y a la aplicación de las leyes, para que sepan inspirarse, como san Raimundo, en la misericordia y la justicia del Evangelio. Roguemos al Señor.

Por los que estamos reunidos en torno al altar, para que sepamos difundir a nuestro alrededor la bondad y la alegría. Roguemos al Señor.

Celebrante:

Mira, Señor, con bondad a tu pueblo y defiende con tu protección a los que se confían a tu bondad. Por Cristo nuestro Señor. R/ Amén.

Oración sobre las ofrendas

Al presentar en tu altar, Señor,
nuestras plegarias y ofrendas,
te pedimos nos concedas
aquel amor a tu servicio
que tan generosamente
infundiste en san Raimundo,
para que cumplamos
con fidelidad tus preceptos.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Que el sacramento que hemos recibido, Señor,
al celebrar con gozo
la fiesta de san Raimundo,
fortalezca y afirme nuestra voluntad,
para llegar por el amor
a la plenitud de la ley.
Por Jesucristo nuestro Señor.

El día **8 de Enero de 2017** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).